

BAJO CERO

(FRAGMENTOS)

Juan Manuel Portillo*

Hollins University
jm_portillo@yahoo.com

Resumen: Los poemas en prosa que ofrece Juan Manuel Portillo gravitan en un juego entre el sujeto, la percepción y el espacio. La continua reflexión del narrador se desarrolla a medida que su entorno también parece irremediamente cambiar ante él. Retoma, frente un escenario aparentemente hostil, la antigua dubitativa de si es el lugar y los objetos los que modifican nuestra forma de pensar o si tal vez ocurre de modo contrario.

Palabras clave: Juan Manuel Portillo, poemas en prosa, sujeto, percepción, nieve.

Bajo cero: un invierno común

Durante mi primer invierno en Maine, en 2013, confirmé una atracción que, si bien no carecía de referentes biográficos, hasta entonces era más deseable que real: el gusto —que pronto supe fascinación— por los paisajes invernales extremos. Lo fue a tal grado que me llevó a escribir orientado por el tema —práctica que por lo general rechazo—, que no de-

* **Juan Manuel Portillo** (Ciudad Juárez, 1967) ha publicado *passwords* (Mouthfeel Press, 2011), *Bla* (Mano Santa, 2015), *Vigilia* (Salto de Mata, 2020) y figura en el volumen colectivo *De las últimas cosas* (Salto de Mata, 2020). Es autor del poema visual *Deadline* (2016). Ha publicado traducciones de Geoffrey Hill, John Taggart, Keith Waldrop y Paul Celan. Sus poemas y traducciones aparecen en *Ciudad negra. Antología de poetas de Ciudad Juárez 1980-2013* (Bonobos, 2018) y en publicaciones periódicas tales como *Mandorla*, *Mula blanca*, *Plan b*, *Periódico de Poesía*, *Polis Poesía*, *La Jornada Semanal*, *Tierra adentro*, *Tragaluz*, *Oráculo*, *El poeta y su trabajo*, *Anuario de poesía mexicana*, *El coloquio de los perros* y *Aufgabe*, *Journal of Poetry*. Es doctor en Letras latinoamericanas por la Universidad de California y profesor en Hollins University.

jaba de ser tal aunque se manifestara con una amplitud que se confundía con el mundo y la existencia entera. Ello me significó una inmersión cotidiana y total en los paisajes referidos. Pero lo que lo que figura aquí no es todo el frío ni todo el invierno ni toda la nieve; ¿cómo podrían serlo?

Ninguna defensa fuera del poema. Ninguna justificación. Para el autor acaso solo sea legítimo hablar de sus condiciones de posibilidad; no más. Lo que vi yo lo sé y algo retengo. Lo que puse en la letra viene de ahí. La forma viene de ahí. La ausencia de versos viene de ahí. Paisaje del poema y lenguaje del poema aparecen y se borran juntos. No hay más.

El momento que sigue fascinándome en el proceso artístico, más allá de los desplazamientos de la poética a lo largo de años de creación, es aquel en que la forma de la escritura se configura: primero el reconocimiento y la constatación de que se trata de un poema; luego las configuraciones más finas. En el primer momento, el de la constatación primordial, se descubre también que aquello que se escribe es intransferible, traducción aparte. Entonces ya no hay salida.

La secuencia que aquí se presenta es parte de una serie de poemas escritos en su mayoría entre 2013 y 2017. El conjunto está conformado por textos propiamente líricos, otros de carácter narrativo y unos cuantos más de tono ensayístico. Predominan en esta selección los primeros, en aras de darle coherencia al conjunto. Hay nieves y fríos que desconozco, seguramente mucho más extremos, algunos de gran prestigio. Los de aquí no: es una nieve “común” y un frío que se sobrellevan penosamente; como a mucho en la vida también, a veces los acompaña un gran gozo.

Juan Manuel Portillo

BAJO CERO

Primero un ardor fino, como un roce, en las mejillas, en la frente; se extiende hasta los párpados. Un ardor de alfileres; se extiende hasta los párpados pero en lo ojos no se siente. El frío entra como luz a la mirada, los alfileres se han sumado al aire. Un resplandor entre rosa y violeta se desprende de los edificios. La ciudad entra así, poco a poco, en la noche.

Unos minutos de exposición producen un dolor intenso. Los dedos desarrollan otro tacto, como de objeto, una extraña madera o muñón. El dolor crece a cada minuto y llegaría el momento en que el apéndice, ya inútil, se desprendería; como esos animales que abandonan un miembro para burlar la muerte.

Un paisaje barroco al mediodía, el cielo; una celebración: pequeñas catedrales suspendidas, o cayendo tan lentas. Quise atrapar algunas con mis manos, se deshacían; las de mi abrigo, en cambio, duraban como esferas. Mi avidez de organismo las derrite pronto, viola su espacio curvo —mi calor de materia animal—. Pero las más pequeñas se adhieren a mi manga. Camino con ellas, como árbol ambulante, con mi brillo acuático.

La nieve no pesa. O así es al principio. Pesa la acumulación, como témpano. Pesa el quererla desplazar, cuando queremos imponer nuestro ritmo.

Los animales no la desplazan. Ya estaban aquí. Les robamos las pieles para vivir con ellos. Tomamos por asalto lo que ya estaba y lo llamamos naturaleza. Nos tranquilizamos. La llamamos madre. Pero robamos. Una especie de ladrones, eso somos, una especie embustera.

¿Pero cómo llegamos, de qué huíamos?

Dos piraguas de hielo navegando río abajo. Lentas. Desintegrándose por dentro. Una tenía forma de punta de flecha. Avanzaban contra una hilera de árboles reflejados, desprendidos de los árboles reales, también desintegrándose con la luz de la tarde.

JUAN MANUEL PORTILLO

Hay un color que se me escapa. Está en la nieve pero no es la nieve. Se parece al azul pero no es el azul. O al silencio.

Pero no es silencio. Podría contenerlos a todos. A la luz y al sonido y a la ausencia de luz y de sonido. O sostenerlos. Este mundo. Sostenerlo, en vilo, como un copo. O suspenderlo. Libre hacia la noche, para que de verdad podamos descansar.

Vi un témpano de hielo hundiéndose en el río. Era un naufragio y un renacimiento. Era una superficie gozosa también, una pista de baile. Una forma que se hunde con el secreto de su geometría.

Por primera vez en meses nos asomamos por arriba del cero. Punto de congelación. Esto no lo puede inventar un lenguaje. Se requiere de un sujeto que emerja de ese punto, que sienta, que camine de nuevo con la piel expuesta. Que observe. Por ejemplo: las ramas de los árboles con bolitas de nieve derritiéndose, las gotas como esferas en su extremo. Se requiere un sujeto que observe el dibujo del árbol contra el fondo gris. Un cielo de oscuridad variable. O un fondo blanco contra el cual se dibuje mi impresión de ese cielo. Una página.